

# El sentido de la vida y la experiencia evolutiva de lo trascendente

## 1-hacia una espiritualidad post-moderna

Vivimos en un nuevo milenio, en el que los cambios sociales y tecnológicos van a darse a un ritmo probablemente mucho más arrollador que en el siglo XX. Todo va a cambiar, y todos los cambios que se produzcan en un área van a afectar a las otras. Los desarrollos científicos repercutirán en cambios tecnológicos, estos afectarán los modelos económicos ;y el efecto de todo ello en las formas de funcionamiento de la sociedad y las costumbres mismas va a ser tan apremiante, que será muy difícil sustraerse . Por lo mismo, la manera tradicional de buscar respuestas a las inquietudes espirituales y a las necesidades trascendentales que ha mostrado tener el ser humano desde el principio de su historia; también va a cambiar. Las religiones tendrán que reacomodarse a una nueva actitud, más abierta y librepensadora, menos moralista también;que la población mundial, o una parte creciente de ella, tendrá frente al tema de la búsqueda de un sentido de la vida y la existencia.

Se dice que ya no somos modernos, que la cultura mundial apunta cada vez más a formas de ver el mundo que se llaman post-modernas. La modernidad trajo el espíritu de la revolución francesa, de la democratización de las ideas y de las decisiones sobre la vida social. Pero todavía creíamos demasiado en la diosa razón y en la mesiánica ciencia como trampolines seguros hacia un mundo mejor, más “civilizado”, y esas esperanzas se han frustrado parcialmente, o por lo menos hemos visto que las cosas no eran tan fáciles. Además , el ego europeo ha sufrido varios golpes que le han dicho que ni la cultura racional de occidente tiene que verse como la mas noble y mejor de las que habitan este planeta, ni la forma europea de ver el mundo es la más adecuada para darle sentido a la vida o para establecer una relación armónica con la naturaleza. Tras la humillación astronómica del heliocentrismo copernicano, vino la humillación bio-evolutiva de Darwin, y luego la humillación psicológica de Freud. Ya ni nos sentimos el centro del universo, ni nos sentimos tan diferentes de los primates, ni creemos que nuestras conductas són el fiel reflejo de nuestra capacidad racional y conciente, porque el subconsciente, según henmos descubierto, tiene un poder arrollador.

Desde los años sesentas la misma juventud occidental ha comenzado a buscar otras formas de vida, otras concepciones sobre el sentido de la existencia, otros valores. Y hay mucho de búsqueda espiritual atravesando los ensayos históricos que desde entonces se han hecho: exploraciones sicodélicas, creación de comunas alternativas, estilos musicales genéricamente llamados “nueva era”, prácticas meditativas, reflexiones transpersonales, estudios revolucionarios en biología ecosistémica, en sicología humanística, en nuevos paradigmas.

La búsqueda de lo trascendente, la urgencia de encontrar algo que esté más allá de las rutinas consumistas y del materialismo social, de la ingeniería de la manipulación de las masas en las grandes urbes, de lo que Herbert Marcuse llamaba “el hombre unidimensional”, se expresó con tonos de angustia, por ejemplo, en la obra literaria de Franz Kafka, que fue prácticamente un visionario de la decadencia del ánimo europeo. También el existencialismo de la postguerra, la obra de Aldous Huxley, el grito rockero y la “canción protesta” latinoamericana, el nadaísmo colombiano; estaban en el fondo pidiendo una salida al callejón oscuro al que habían llegado las sociedades occidentales, como lo hace la película “The Wall” de Pink Floyd, una de las mejores películas protesta de final del siglo XX. Los buscadores espirituales han hecho y siguen haciendo lo mismo: pedir sentido. Pero la necesidad humana de experimentar una mayor certeza sobre el sentido de la vida, una mayor intimidad con la belleza y el misterio de todas las cosas, una mayor unidad con el universo, se remonta a nuestros orígenes como especie biológica.

## 2- La conciencia de la muerte y la angustia esencial

El ser humano es la única especie que muestra ser consciente de la muerte. El hombre de Cro-Magnon ya enterraba a sus miembros del grupo, lo que significa que ya de alguna manera se preocupaba por lo que pudiera sentirse después de la muerte: tal vez consideraba que algo del cadáver seguía vivo, y que podría molestarse si fuera engullido por los animales carroñeros, de modo que era mejor enterrarlo. Y allí justamente comienza la pregunta por la trascendencia: es precisamente cuando el ser humano se da cuenta de su finitud temporal cuando empieza a preguntarse por lo eterno.

Ninguna especie biológica parece preocuparse por el sentido de la vida: ni parecen saber que van a morir, ni parecen saberse mortales, ni parecen en consecuencia intentar hacer algo de valor en el tiempo que les está asignado. En cambio, el ser humano se afana: es la única especie que se afana. Tiene un deseo conciente de prolongarse por medio de los hijos, o edifica grandes pirámides para ser recordado por milenios, o procura cumplir grandes obras históricas, personales y sociales. No quiere morir sin haber hecho algo importante, porque es una criatura histórica, es decir, conciente de ser mortal.

El temor a la muerte implica una angustia básica, constitutiva, tan esencial a la vida humana que no habría sido posible hacernos humanos sin ella. Nos hizo humanos habernos despegado de la conciencia inmediatista que tiene el animal, porque el animal vive en tiempo presente, sin pasado ni futuro, simplemente dejando que el programa genético y algunos aprendizajes sociales básicos determinen la conducta diaria. En cambio, el ser humano sabe de un modo

mucho más conciente que hay que prepararse para el invierno, que hay que construir unas trampas para cuando lleguen las presas, que va a llover y a hacer frío y es mejor hacer una hoguera. Y ese invento, el invento del futuro, requiere imaginación. Es gracias a la capacidad de imaginar, de representarse las cosas en ausencia de ellas, como es posible prepararse para cazar en grupo, para pintar en una cueva a un animal que será la víctima al día siguiente.

La capacidad imaginativa, la conciencia de mortalidad, la necesidad de hacer y dejar algo de importancia, explican solo parcialmente la aspiración del ser humano por lo trascendente. Hay que considerar también ,por ejemplo, que el hombre y la mujer primitivos sufrían de un profundo sentimiento de fragilidad, de impotencia ante las fuerzas amenazantes de la naturaleza, de necesidad de exorcizar y controlar esos poderes devastadores del clima y de los competidores biológicos. Las fuerzas de la naturaleza y las presencias animales y vegetales eran sentidas muy cerca, en la piel misma, en la carne misma, hasta los huesos: no como hoy, que nos aproximamos a

ellas a través de programas de televisión por cable, desde la comodidad de nuestros sillones y nuestros paquetes de palomitas de maíz. Y esa cercanía, esa empatía, esa identificación con el mundo natural; que hoy todavía define, por ejemplo, el universo imaginativo en el que viven los niños ( walt disney p ej ) estaba muy ligada a una imaginación proyectiva, es decir, a la tendencia a animizarlo todo, a imaginarlo todo como si poseyera características humanas: arboles que hablan, animales que piensan como seres humanos, fuerzas como el viento, el fuego, el mar; que se personifican en dioses tan caprichosos como el clima y se estructuran en narraciones y genealogías de las más diversas mitologías.

Había que obtener favores de los dioses si se quería sobrevivir, ya que la supervivencia implicaba el control de los poderes de la naturaleza. Y los ritos, muchas veces acompañados de ingestiones de sustancias alucinógenas, se convirtieron en las primeras tecnologías para canalizar la intención de aplacar fuerzas hostiles (tormentas, terremotos, sequias) y

promover fuerzas y eventos benéficos ( cosechas, irrigaciones) . La ciencia y las tecnologías modernas són por eso, hoy en día, un reemplazo simbólico de las actividades rituales primitivas, y les vivimos tan agradecidamente, y nos les confiamos con tanta devoción como en aquel entonces nos rendíamos a los poderes divinos: nos sirven para controlar la naturaleza y sobrevivir, para prolongar la vida y evitar la muerte. Solo que ya no ofrecemos a cambio víctimas rituales, mujeres vírgenes o cabritos, sino grandes inversiones en investigación.

### 3- evitando los reduccionismos psicológicos y antropológicos sobre la búsqueda espiritual

Pero detectar todos los anteriores factores que contextualizar el surgimiento de los imaginarios religiosos y de las actividades rituales, no significa haberlo explicado por completo, y sería un gran error intentar reducir todo el pensamiento religioso y toda la actividad espiritual del ser humano diciendo que el carácter de todas las aspiraciones y de todas las

experiencias trascendentales del ser humano es “nada más” que el resultado de la necesidad de controlar la naturaleza (ritos) ,de compensar la angustia que produce la conciencia de la muerte (imaginarios del más allá en el mundo de ultratumba, elaboración de grandes obras “imperecederas” ) ,de comprender el mundo circundante (proyecciones antropomórficas, animismo) y de establecer normas de comportamiento para la convivencia social (tabúes y morales fundamentados mitológica y religiosamente, para la manipulación de la conducta por parte de líderes y sacerdotes). Hay que establecer, entonces, cual es ese “algo más” propio, legítimo, irreductible a necesidades subjetivas, e intrínseco; que tiene la necesidad humana de trascendencia y de sentido.

Al contextualizar la vida religiosa y espiritual del ser humano con información antropológica y psicológica no se tiene que negar necesariamente su valor intrínseco, a menos que la intención sea fundamentar una postura o bien atea, o bien materialista, o bien inmanentista de la vida, lo que de hecho no tiene por que estar ligado a

la actitud científica ( supuestamente la ciencia no existe para justificar creencias y posturas existenciales, sino para describir el mundo). Si así fuera, es decir, si pudiéramos subjetivizar todas las experiencias y actividades humanas relacionadas con lo trascendente; entonces habría que concluir con otro conjunto de creencias sobre la vida, que en el fondo no són más que una postura cultural del mundo occidental desde que se rechazó todo lo que se consideraba asociado al dogmatismo medieval y a las actitudes tiránicas de la iglesia católica, y se ensalzó todo lo que tuviera que ver con el desarrollo de la ciencia empírica, y los ideales de la economía industrial y la sociedad de consumo.

Esa visión inmanentista, es decir, totalmente prohibidora y negadora de toda posible realidad , de todo posible valor intrínseco de lo trascendente en la vida; totalmente subjetivadora de todas las esperanzas y experiencias humanas acerca de lo superior, sería mas o menos así: vivimos en un planeta que se formó de residuos de materia que flotaban en el espacio

luego de la desintegración de estrellas de segunda generación que explotaron hace millones de años, que a su vez provienen de fenómenos físicos que se remontan al primer “momento” del universo, cuando espacio y tiempo comenzaron a existir al producirse una “gran explosión” de energía. En este planeta hubo cambios climáticos, geológicos y químicos que por azar dieron lugar a enlaces atómicos y sistemas de moléculas y proteínas capaces de hacer copias de su estructura o conformación orgánica, y entonces surgió la vida. Pasó mucho tiempo, y hubo oportunidad de que estas estructuras fueran evolucionando, es decir, más exactamente hablando, hubo estructuras que por azar se asociaron entre sí y tuvieron mayor capacidad para adaptarse al ambiente y seguir reproduciendo o complejificando su estructura que otras que en cambio se extinguieron. No es que estas estructuras hayan “querido” o “deseado” evolucionar, ni que un principio inteligente, superior a ellas o conciente les haya empujado a hacerlo, ni que su misma naturaleza fuera dirigirse hacia algún estado de mejoramiento en el tiempo, sino que, por pura casualidad, y leyes de

probabilidad, tenía que suceder que en alguna parte del universo ocurriera lo que llamamos vida. Y entonces fueron conquistando el planeta, cambiando su composición atmosférica, diversificándose como distintas especies vegetales y animales ;y finalmente, hace unos pocos millones de años, también por azar, un primate sufrió unas mutaciones genéticas que le permitieron tener un cerebro más grande e imaginativo, manos libres debidas a una postura bípeda, y vida sexual y social sumamente distintas a las de sus ancestros. Esta especie se sintió desolada, angustiada, y para compensar su sufrimiento sicológico inventó esperanzas y quimeras religiosas y espirituales.

Pero estas ilusiones ya no són necesarias –nos diría esta burda caricatura del pensamiento imanentista-. Y las alternativas que parece ofrecer la vida contemporánea parecen ser: en vez de buscar el sentido de la vida, mejorar el estado de animo y la salud sicológica y física mediante terapias y ejercicios que nos proveen las ciencias del bienestar y la